

Conlon Nancarrow

El poeta colosal en la penumbra

Pablo Espinosa

Como entrar en un sueño: hermoso el jardín, amable la vereda verde que conduce a una casa construida con el material de los sueños y palpable en su rigor de piedra volcánica.

Yoko Seigura, la esposa del compositor, nos conduce al estudio habitado por penumbras suaves y un hombre delgado, sonriente, sentado de manera tal que la normalidad de la silla parece, como en *Alicia en el país de las maravillas*, diminuta.

Bajo un sombrero de palma, la sonrisa de Conlon Nancarrow está envuelta en algodón brillante: su blanco bigote, que se derrama en una piocha que también parece sonreír todo el tiempo.

Su sonrisa ilumina, con su aura, el rincón donde recibe al reportero de *La Jornada* para una entrevista, en el atardecer de un verano de los años ochenta en su casa de la colonia Las Águilas, en el sur de la Ciudad de México, casa que construyó para él su amigo Juan O' Gorman y primera construcción del arquitecto donde utilizó piedras de colores para realizar murales que luego desarrollaría también en la Biblioteca Central de Ciudad Universitaria.

Su espalda recta, la sonrisa al ritmo de sus palabras, Conlon Nancarrow repite al reportero su intensa biografía: una serie de elementos simples en apariencia pero que constituyen una de las trayectorias más espectaculares en la historia de las artes, llevada siempre en la penumbra acorde a su personalidad: tímido, reservado, protector de su inmenso/intenso mundo interior.

Esos datos son las constantes, las coordenadas, la bitácora pública de su entorno: su natal Texarkana, sus estudios musicales en Cincinnati, su mala maestra de piano, el rechazo de los músicos en Nueva York primero y luego en la Ciudad de México, a in-

terpretar su obra, lo que lo llevó a la decisión de cambiar el curso de la historia: crear sus propios caminos para hacer sonar su música, sin necesidad de músicos.

Esa tarde en aquella casa de ensueño entendí cómo Conlon Nancarrow es autor de una música sobrehumana, de alcances interpretativos inhumanos pero con una carga absoluta y profundamente humana.

Alcances interpretativos inhumanos porque su música necesitaría, según el cálculo del director de orquesta Sir Simon Rattle, por lo menos cinco o seis cerebros para controlar el número de manos necesarias para interpretar, a velocidades imposibles, esta música que no en balde alguien llamó destinada a Mil Dedos.

Generoso, sonriente todo el tiempo, Conlon Nancarrow me mostró su máquina para perforar rollos de pianola mecánica, barajó frente a mis ojos las innumerables tarjetas que fungen a manera de partitura y que forman parte del método que utilizó durante décadas para crear una de las obras más impresionantes, originales y definitivas de la historia.

Conlon Nancarrow nació hace cien años. Eligió vivir y morir en México y escribió aquí la totalidad de su trabajo, que lo convierte en uno de los más grandes creadores de la historia, de esos a los cuales la historia no los considera porque ellos, los verdaderos grandes como Conlon Nancarrow, han decidido permanecer en la penumbra.

En realidad, la dimensión estética, técnica y esencial de la obra de Conlon Nancarrow corresponde al tipo de creación artística que no será comprendida por sus coetáneos y su asimilación tardará lo que deba de durar. Estamos demasiado cerca del prodigio como para comprenderlo todavía.

Aunque el número de conocedores, asiduos, degustadores y simpatizantes de Conlon Nancarrow crece de manera exponencial.

Por lo pronto, estamos en los últimos días de 2012, año del centenario de uno de los mexicanos más importantes de la historia, mientras el *establishment* musical lo ignora olímpicamente, ya por ignorancia supina, ya por simple desprecio de quien ostenta el poder como un garante de su ego, no como antaño, cuando los funcionarios culturales ponían por delante de sus egos monumentales precisamente la cultura, es decir, el bien común.

Una excepción, como siempre ocurre cuando la cultura se convierte en contracultura: el maestro Ignacio Toscano, gracias a quien también ocurrieron celebraciones por el 70 aniversario del natalicio de Eduardo Mata (1942-1995), articuló como parte del proyecto Instrumenta Oaxaca una instalación de la artista Berenice Torres dedicada a Nancarrow: rollos de piano mecánico e hilos, tejidos oaxaqueños, mientras suenan las grabaciones con las obras del compositor nacionalizado mexicano.

También en Oaxaca sonó el Trío Número 2, para oboe, fagot y piano.

El Museo Universitario del Chopo anunció hace unos días un homenaje a Nancarrow para el 8 de diciembre de 2012.

Y de ahí, el silencio, la penumbra.

Conlon Nancarrow nació el 27 de octubre de 1912 en el mismo poblado donde nació Scott Joplin: Texarkana, Texas.

En el relato que hizo aquella tarde en su casa, Nancarrow trazó las coordenadas:

Una mala maestra lo alejó del piano en su infancia y lo acercó en su adolescencia a la trompeta, la cual lo llevó a una banda de jazz, el amor de su vida, y deambuló por

bares, cervecerías, antros y cantinas haciendo música con alegría.

En la media penumbra de su casa en Las Águilas refulge, aquella tarde, una biblioteca impresionante donde campean los libros sobre música.

La discoteca es igualmente asombrosa: Jelly Roll Morton, Louis Armstrong y Besie Smith a la cabeza de una colección insólita de jazz.

Pero lo que abunda es la música que hace vibrar al mundo, la música de este mundo: una colección única de música étnica de todos los rincones, todos los confines, desde la polirritmia africana hasta las yuxtaposiciones rítmicas de Polinesia con el gamelán, pasando por la India, Brasil, Sumatra, China, Java, Cuba, Haití. Y coronando: Bach, Bartok, Stravinsky, sus compositores favoritos.

Interesante: no hay, esa tarde en esa discoteca, música decimonónica. Revelador. La hay de los siglos XVII al XX, haciendo un gracioso salto por encima del XIX.

Recuerda claramente que cuando escuchó, muy joven, *La consagración de la primavera* en vivo, decidió ser compositor para trabajar el enjambre de la polirritmia y llevarlo más lejos todavía de donde había llegado Stravinsky.

Conlon Nancarrow tenía 25 años de edad cuando se afilió al Partido Comunista.

Su anhelo de una sociedad mejor lo llevó a alistarse en la legendaria Brigada Abraham Lincoln, llamada así erróneamente por los historiadores hoy en día, porque era en

realidad un Batallón que se integró a las Brigadas Internacionales en apoyo de la Segunda República Española en la Guerra Civil española.

Por extensión se llamó Brigada Lincoln a todas las fuerzas provenientes de Estados Unidos, integradas en la XV Brigada. Sus integrantes eran, en su mayoría, como Nancarrow, integrantes del Partido Comunista.

Esas fuerzas contra el fascismo de Francisco Franco, apoyado por Benito Mussolini y Adolf Hitler, se concentraron desde 1936 en la tierra natal de Dalí: Figueras y luego en Albacete.

De los 2 mil 800 combatientes estadounidenses, murieron unos 700 en las batallas de Jorama, Brunete, Belchite y Teruel. Se encontraron los sobrevivientes con los de la Brigada Washington para la batalla del río Ebro. La mayoría de ellos regresó a Estados Unidos entre diciembre y enero de 1938.

Otras brigadas civiles sostuvieron económicamente la aventura desde casa. El poeta Edwin Rolfe, el novelista William Herrick y sobre todo el célebre Paul Robeson se encargaban de organizar acciones artísticas para recabar fondos y enviarlos a los brigadistas en batalla.

También colaboraron de esa forma Dashiell Hammett, Lilian Hellman, Pablo Picasso, Hellen Keller, Ernest Hemingway, Woodie Guthrie y George Orwell.

Los brigadistas no solamente padecieron los desastres de la guerra, limitaron su alimentación como en el caso de Conlon

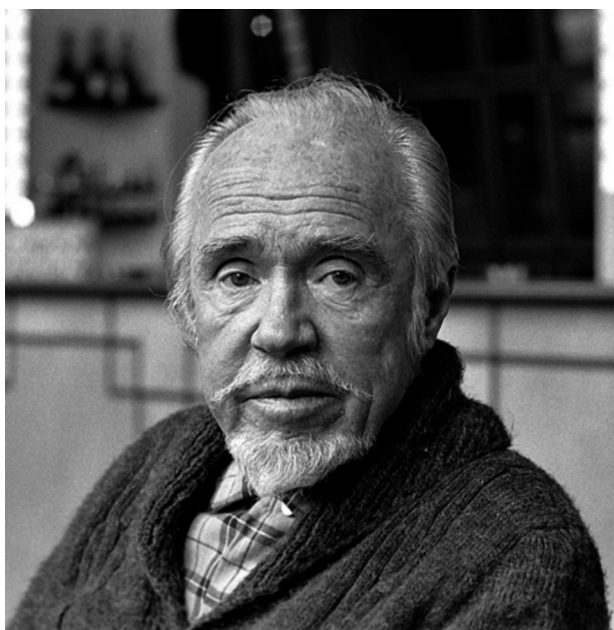
Nancarrow a la ingesta de hongos silvestres, sino al regresar sufrieron el oprobio de la cacería de brujas.

Conlon había perdido su pasaporte en el campo de batalla. De manera que acudió a solicitar un repuesto y en respuesta recibió una negativa rotunda y la estigmatización como “elemento maligno” de acuerdo con las maquinaciones enfermas del siniestro jefe del FBI, J. Edgar Hoover, habilitado por el presidente Roosevelt.

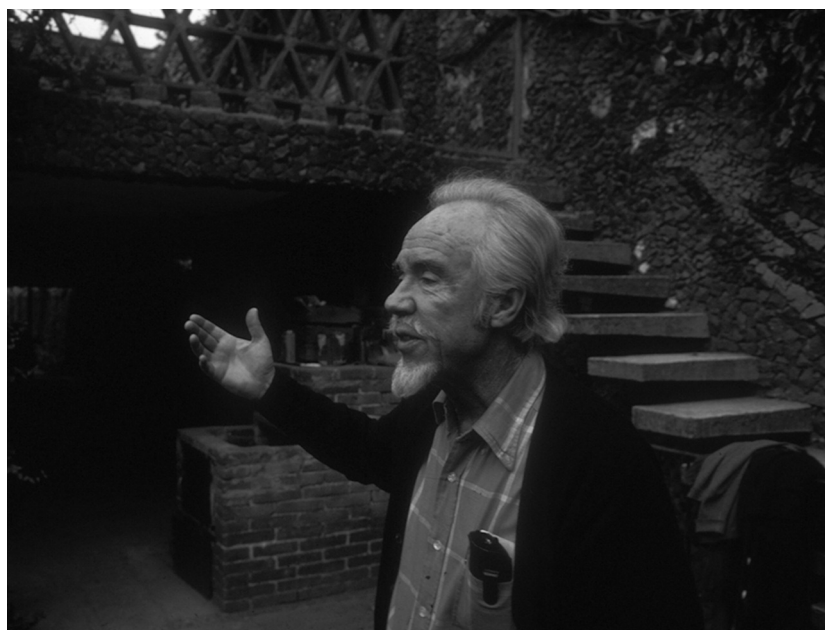
Entre las opciones que proyectó para su autoexilio, Conlon llegó a dos alternativas: Canadá o México. Optó por el país que había recibido ya al exilio republicano español y solamente regresó a su patria de origen siete años después, para buscar en Nueva York una máquina perforadora de rollos para piano mecánico.

Llegó a México en 1940 y se nacionalizó en 1955. En sus primeros y prácticamente últimos contactos con el medio musical de México, recibió un encargo del compositor Rodolfo Halffter y entregó para el caso un *Trío para instrumentos de aliento* pero los encargados del estreno se negaron a hacerlo porque, repite la frase Nancarrow: “si lo hiciéramos parecería que estamos borrachos”.

Ya había tenido una experiencia similar en Nueva York Nancarrow con otra de sus partituras y consideró que ya era demasiado, así que tomó la decisión de crear una orquesta autosuficiente, prescindir de los humanos para la interpretación de su música.



Conlon Nancarrow



Y así fue como escribió una música para el futuro, es decir, una música que está por existir, con instrumentos que ya no existen.

Lo que hizo Nancarrow fue continuar y de hecho revivir una tradición que data de la antigua Grecia: la música mecánica o autosuficiente. Las flautas en Grecia y Arabia, los carrillones en la Edad Media, las cajitas musicales para las que escribieron Haendel, Carl Philip Emmanuel Bach, Haydn, Mozart y Beethoven, entre otros muchos.

La primera orquesta utópica, recuerda el musicólogo alemán Jürgen Hocker, la construyó Johann Nepomuk Mätzl, a quien, por cierto, erróneamente se le atribuye la invención del metrónomo. A su orquesta sin músicos la bautizó como Panharmonikum y para ese artefacto sorprendente escribió Beethoven su opus 91: *Wellington Sieg oder die Schlacht bei Vittoria*.

Fue hasta 1904 cuando en Alemania se reprodujo papel picado, o perforado, como el prototipo para lo que después florecería como rollos perforados para pianos mecánicos.

Ése fue el antecedente directo de la grabación discográfica, pues gracias a la perforación de rollos era posible que los alumnos del gran Paderewski lo oyeran tocar sin que el maestro estuviera presente.

Recuerda Conlon Nancarrow que Debussy, Busoni, Ravel y otros compositores grabaron muchas de sus obras en rollos perforados.

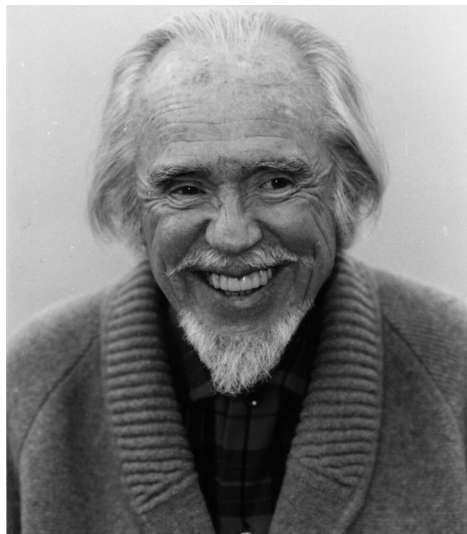
Grandes maestros escribieron música mecánica: Mozart y Paul Hindemith entre ellos.

Lo que hizo Conlon Nancarrow fue ir más allá.

Así como hay compositores que eligen el camino de la melodía como destino, hay otros que eligen el ritmo. Los ejemplos del primer caso abundan: Beethoven, Schumann, Mendelssohn y en general los decimonónicos.

En el segundo apartado la situación se torna sumamente interesante: Ligeti, Reich, Revueltas, Stockhausen, entre la pléyade.

El caso del gran maestro de la polirritmia (luego de la polifonía revivida por Gustav Mahler) es el ruso Igor Stravinsky, cuya música, en especial *La consagración de la primavera*, dice Nancarrow: “me abrió muchas puertas en la música”.



Pero no tomó el ritmo como elemento vital Nancarrow, sino algo más atrevido, audaz, profundo y signficante: el tiempo, el uso del tiempo, la medición del tiempo que en el lenguaje técnico de la música se denomina *tempo*.

Así que el meollo de la obra de Conlon Nancarrow es nada menos que el tiempo, ese concepto humano tan relativo como inquietante, tan significativo como filosófico, al mismo tiempo normal y extraordinario.

Mejor que una polifonía, un melodista hábil o inspirado, más allá de los asombros de la polirritmia, Conlon Nancarrow creó el *politempo*.

Todas las referencias que hace el compositor hacia su música tienen que ver con ese concepto del tiempo, un territorio prácticamente virgen en la música por su complejidad, su carácter inasible, su condición casi etérea y al mismo tiempo materia contundente si se toma en cuenta que la música ocurre en el tiempo.

El transcurso del tiempo, el devenir, son elementos apresados, ubicados y superados con la experimentación que realizó Nancarrow tomando la materia prima del tiempo musical como piedra de toque: la velocidad, pues el *tempo* es precisamente la velocidad que indica un compositor para que suene de manera determinada la música que escribe.

Una de sus frases favoritas: “el tiempo es la frontera última de la música”, cobra sentido práctico e igualmente metafísico en cuanto uno escucha sus *Estudios para pianola*: una música tan fascinante como embriagadora, un universo por descubrir.

La obra más profunda de Conlon Nancarrow se concentra en el más de medio millar de *Estudios para pianola*, que practicó y creó durante todo su tiempo productivo. Al principio denominó a esas tareas como “estudios rítmicos” para luego dejarlos con el nombre simple y contundente de “estudios”.

El génesis de tales hallazgos, asegura con sincero asombro Conlon Nancarrow, está en el libro de Henry Cowell titulado *New Musical Resources*. El asombro consiste en la pregunta sencilla que se plantea Conlon: “¿Y por qué no hizo Cowell la música que yo hice, si de él fue la idea?”. Sinceridad emparentada con la humildad, pues los cimientos verdaderos de la obra de Nancarrow están contruidos precisamente de originalidad, genio, persistencia y mucho, pero mucho trabajo, pues lograr crear estas obras llevó a Nancarrow a una labor de artesano, una suerte de revivificación de los más antiguos rituales de fertilidad.

El instrumento por antonomasia de Nancarrow fue la pianola, o piano mecánico, que ya era un instrumento en desuso cuando él volteó la mirada buscando los medios idóneos para llevar a la práctica sus ideas revolucionarias con respecto al tiempo musical.

Cuenta Nancarrow que hacia finales de la década de los cuarenta del siglo pasado viajó a Nueva York en busca de una máquina para perforar rollos para pianola. La odisea culminó en una tienda de máquinas medievales y dos artesanos extravagantes que estuvieron dispuestos a fabricarle, por 300 dólares, su máquina personal para perforar rollos de papel.

El artefacto creció literalmente y su elaboración tardó más tiempo de lo que podía esperar Nancarrow en Nueva York. Cuando finalmente lo tuvo, recibió al mismo tiempo una reasignación del presupuesto: con la pena pero invertimos más tiempo, dinero y esfuerzo de lo calculado inicialmente y ante su satisfacción con el trabajo realizado, a su regreso a México consiguió dinero Conlon para enviarles a los aventureros émulo de Heracles, otros 500 dólares, cuenta divertido Conlon en la semipenumbra iluminada con su sonrisa.

Conlon Nancarrow vivió en México desde 1940, cuando llegó expulsado de su patria, hasta su muerte, en 1997. Eligió el confinamiento, la penumbra, el aislamiento. Sus contactos iniciales con el medio musical mexicano fueron desastrosos y ya no persistió en ellos. No necesitaba a nadie. Era autosuficiente: él inventó a sus músicos, los fabricó con sus manos y con sus manos perforó todos y cada uno de los rollos para piano mecánico que constituyen el grueso de su obra.

Generalmente escribía en papel, a mano, alguna idea musical, que trasladaba a una tarjeta que traducía al lenguaje *cuasi-morse* de las cintas anchas de papel perforado. Muchas veces el procedimiento ya era prácticamente escribir directamente sobre el rollo de papel: perforando y pensando, ideando.

Labor titánica, colosal: escribir cinco minutos de música le llevaba un año de trabajo perforando los rollos.

La idea de Henry Cowell de crear “complejos rítmicos extraordinariamente arrebatadores” quedó rebasada de inmediato.

Escuchar la música de Nancarrow es una experiencia fascinante, una aventura preñada de sorpresas, un éxtasis arrebatador que, luego de un par de horas de estar escuchando, amerita apagar el aparato reproductor de discos compactos porque el cerebro ya no da para más, ya no puede asimilar tantas maravillas juntas.

Cuando el compositor húngaro György Ligeti escuchó grabaciones de la música de

Nancarrow, organizó un concierto en Europa con esas grabaciones y se puso a declarar a los cuatro vientos: “Conlon Nancarrow es el más grande compositor de la historia”, lo cual atrajo a la casa que Juan O’ Gorman construyó para su amigo Conlon Nancarrow, un desfile de celebridades, compositores, alumnos, investigadores, inventores, matemáticos y periodistas.

El coloso se levanta de su silla y me conduce a su amplio estudio. Ahí las pianolas, la máquina perforadora, las tarjetas. Levanto la mirada y pregunto en medio del asombro: ¿y todas esas llantas, gongs, metales, desechos de automóvil readaptados para ser sonados, maestro?

Es mi orquesta, responde con una sonrisa divertida, pero no ha funcionado todavía porque la energía neumática no es suficiente para hacer sonar, desde la pianola que ves ahí en medio, los 88 instrumentos de percusión que inventé y que son todo eso que ves arriba. Algún día funcionará.

Ahora que muchos se refieren a los procedimientos que inventó Nancarrow para hacer música, como una manera de anticiparse a la invención de las computadoras, me percaté de la verdadera dimensión de lo que hizo Conlon:

Más que una obra sobrehumana cuyos procedimientos interpretativos resultan inhumanos por imposibles de lograr con mano humana, Conlon Nancarrow escribió música que dimensiona, nos dimensiona como humanos: una creación fantástica que logra cuerpo en cuanto suena y nos ubica

en el cosmos: ínfimas partículas que formamos parte de un todo superior.

Pienso en Steve Jobs, a quien muchos tienen como un emprendedor, de acuerdo con el término o la palabreja favorita de los tecnócratas que sólo piensan en dinero. Tampoco es un inventor o un simple hombre de éxito. Ni siquiera un visionario. Al igual que Nancarrow, Steve Jobs es un humanista: creó máquinas que sirven para que los seres humanos intenten mejoras en su tarea de evolucionar como personas, como especie.

Dije que el ser humano difícilmente logra interpretar la música de Conlon Nancarrow y debo rectificar frente a las evidencias: releo el poema de Alberto Blanco titulado *Improvisaciones para una pianola* y releo enseguida sus poemas hermanos: *Aforismos improvisados para una pianola* y su culminación: *Improvisaciones para una tercera pianola* y al releerlos escucho, reescucho la música de Conlon Nancarrow.

Vaya prodigio: la música de Conlon Nancarrow, esa poesía refulgente como una lluvia de estrellas a mil pulsaciones por segundo, se escucha en esos poemas de Alberto Blanco.

La rectificación se completa entonces: músicos humanos no pueden ejecutar la música que requiere mil dedos, pero sí los músicos del alma, los poetas, ellos como Alberto Blanco son los mejores intérpretes de este compositor, uno de los más grandes de la historia que vivió en la semipenumbra de la humildad en su casa, con sus lecturas, con sus libros y sus discos y sus pianolas.

Recuerdo aquella tarde con Nancarrow y me ubico entonces en una cueva: la cueva de Platón, las catacumbas donde los verdaderos revolucionarios crearon la poesía y la música en los tiempos más antiguos, fundacionales.

La cueva de Platón, la cueva de Montecinos, la cueva como gineceo magnífico, la cueva matriz del mundo.

Ahí está sentado, con su piocha de algodón brillante, su sombrero de palma y su sonrisa sempiterna, uno de los más grandes compositores de todos los tiempos: el mexicano Conlon Nancarrow.

Sonríe, siempre sonríe, desde su iridiscente penumbra. **U**



© Philip Mákanna